

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES

3.ª EPOCA.
1883.-Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 17
Dia 1.º de Ag.º

SUMARIO.

LA MUJER REGENERADA POR EL EVANGELIO, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — LA VENGANZA, poesia por José Velarde. — UN MAR SIN PUERTO, novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — VARIEDADES, por S. — SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER

REGENERADA POR EL EVANGELIO.

(CONCLUSION.)

La muger ha sido regenerada y engrandecida, por que el Eterno ha escogido por hija, el Espíritu-Santo por Esposa y el Supremo Hacedor por Madre á una doncella inmaculada.

Dios al bajar á la tierra á confundir su esencia divina con la naturaleza humana del hombre, ha querido dar á este un modelo que imitar, un guia que seguir; un regenerador, un amigo, para que tomando su ejemplo, y haciéndose imagen suya, procurase ser digno de la redencion, digno de la eternidad, digno

del precio á que habia sido rescatado, ¡el precio de la sangre de un Dios!

Y amando de igual modo á la mujer, y queriendo á la par enaltecerla y sublimarla, ha creado para que le sirva de maestra y de norma á la Santísima Virgen, á María, y la ha formado para, casta celestial y perfecta; dechado de toda bondad, conjunto de toda virtud y haciéndola Madre suya, la ha colocado cerca de si; la ha dejado tomar parte en la salvacion del mundo; la ha dado un lugar junto á la cruz y la ha puesto en su gloria á tal altura, que toda mirada que se dirija al cielo hallará la mirada divina llena de luz y esperanza, de la que es bendita y escogida, entre todas las criaturas.

El anatema que pesaba sobre la frente de la muger, ha sido borrado con las gotas de llanto de Maria.

Si entre las manos de una muger quedó perdida la primera gracia, otra muger será el manantial inagotable que inundará de una nueva gracia los ámbitos del universo.

Maria, que viene á la tierra á ser la Madre del hombre, viene á ser tambien la redentora de la mujer: porque ella, naciendo sin mancha, viviendo sin pecado y arribando al cielo sin morir, es la personificacion más acabada de toda bondad, de toda virtud.

Y abrirá un ancho camino á la inocencia, á la humildad, á los afectos puros y suaves, por que será la más santa y castamente amada de las mujeres.

Ella será la reina de las vírgenes, y el modelo de las madres; ella será la luz, el amparo y la alegría de las esposas cristianas.

Y con tal Madre, y tal espejo, y tal modelo ¿cómo ha de ser la mujer culpable y degradada?

¿Cómo no ha de elevarse y hacerse digna de la consideracion, y los homenajes que se le han de tributar doquiera?

Y ¿cómo no ha de querer el hombre llamarla compañera, si Dios mismo ha querido llamarla madre?

Despues del drama del Calvario, la humanidad la consagrará su respeto, su gratitud y su amor, porque Maria es el tipo admirable de la mujer en el mundo católico.

Y los hijos de Jesús no humillarán ni tratarán como á esclava, á la que su divino maestro honró en la persona de Maria, hasta el punto de venerarla y obedecerla, no solamente como Hombre, sino aun como Dios, puesto que por ella hizo el primer milagro visible, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaá, de que nos habla el Evangelio.

La sabiduria eterna elevando á la muger, sobre el nivel mismo del hombre, los ligó á entrambos para que formasen de consuno la familia; esa unidad indisoluble cuyo centro es la madre cristiana.

¡La madre crisitiana! ¡oh! que este santo nombre quisiéramos gravarlo con letras de oro sobre páginas de brillantes.

¡Tanto es lo que vale á nuestros ojos!

Consideramos este título, como una alta misión, como un elevado magisterio, como un sacerdocio, como un poder mas grande, que el de los reyes de la tierra, y el de el Pontífice

de la iglesia, por que sin madres cristianas, no tendrian los soberanos súbditos que gobernar, ni el vicario de Cristo, hijos redimidos que guiar al cielo.

Dios ha puesto en las manos de la muger, el porvenir del mundo, confiándola el cuidado de las generaciones que le forman.

Todos los hilos de la vida, están sostenidos por su diestra: todos los amores que la embellecen, están depositados en su corazon.

El de hija, que la convierte en alegría y corona de la ancianidad; el de esposa que la trueca en ángel de consuelo y fidelidad para el hombre; el de madre, que los abarca y engrandece todos.

Segun el santo código de la familia, la muger es la atenta y amante discípula que aprende del uno, y que enseña á los otros: es la que sabe inspirar el respeto y la humildad con el ejemplo y con la palabra: es la que alienta á los sentimientos generosos, demandando de continuo proteccion y amparo para la debilidad, y la inocencia, apoyándose para ello, en su candor y en su impotencia misma: es el lazo suave que liga al padre con los hijos; el rayo de sol que disipa las nubes que se forman en el cielo del hogar doméstico, la luz que le alumbra, la flor que le perfuma, el serafin que le custodia.

¡Ya veis si la muger se ha elevado y ennoblecido con la doctrina de Jesucristo!

Por ella todo derecho, toda dignidad, toda grandeza, le han sido concedidos.

¡Ay! de la desgraciada que no sepa guardar tales tesoros, ¡ay! de la que los pierda ó los arroje en el fango de los camiasos de la vida. Ella será, como valle sin sombra, como día sin luz, como arcangel caído. La muger pues, que como acabamos de probar, todo lo debe al Evangelio de Cristo, tiene el alto deber de guardar y difundir ese mismo Evangelio; tiene el de conservar la pureza en el alma; y la bondad en el corazon, y siendo humilde y cristiana y buena, la dicha la sonreirá donde quiera, y el mar pasará á su lado, sin manchar sus alas de angel, como pasan las olas del mar sobre la concha, sin deslustrar la perla que encierra en su seno.

El amor, la consideracion y el respeto de que la ha cercado el catolicismo, puede ella conservarlos con su abnegacion y su virtud, pero no deberá reclamarlos, ni exigirlos nunca. Su dominio, basado en el corazon, ha de ser suave y dulce.

¿Cuánto mas vale reinar por el amor, que gobernar por la fuerza!

¿Cuánto mas vale imperar en un alma, que dominar una voluntad?

El triunfo que se adquiere por la bondad y la dulzura, es tan hermoso como eterno: el que se conquista por la violencia, es muy amargo y fácil de perder.

Imite pues, la muger en la tierra, el tipo divino que tiene en el cielo; siga las huellas de la Santísima Virgen Maria: fije de continuo sus ojos en ella, y cumpliendo digna y santamente la mision que Dios la ha confiado, no vacile jamás en el camino del deber, y la celeste aureola con que el cristianismo rodeó sus sienes, brillará siempre y por doquiera sin que se empañe su esplendor.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA VENGANZA.

POEMA.

*Hay frente al moro una aldea,
A la mar tan inmediata,
Que en las olas se retrata
Cuando crece la marea.
Encantada se recrea
La vista en aquel lugar,
Donde Dios quiso juntar
A los encantos del suelo
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar.*

II.

*Tan vivo allí se arrebola
El cielo, al salir el sol,
Que da envidia su arrebol
Al carmin de la ampola;
Y es de ver la misma ola,
Que en la arena de la playa
Rumorosa se desmaya,
Cómo, no lejos, rugiente,
Va á estrellarse en la rompiente,
A los pies de la atalaya.*

III.

*Entre tierra y mar se nota
Allí sorprendente union;
En las quiebras de un peñon
Anidan cuervo y gaviota;
Da el pescador á su flota,
A la ribera atracando,
En la yerba, lecho blando,
Y á veces el campesino
Toma por musgo marino
El césped que va brotando:*

IV.

*Llega hasta el agua el follaje,
Y, si el viento la mar pica,
Al viejo pino salpica
La espuma del oleaje.
A un tiempo en aquel paraje
Huele á resina y marisco,
Viéndose junto á un aprisco
La red tendida á secar,
Ó el alga que arroja el mar
Enredada en un lentisco.*

V.

*Algo lejos del poblado,
Y sobre arena infecunda,
Hay un huerto, al que circunda
De pitas viejo vallado.
Denota por lo menguado
Que en balde en él se trabaja;
Y en la parte que al mar baja
Presta asiento á cuatro muros,
Que sostienen, inseguros,
Un cobertizo de paja.*

VI.

*Reduce el mundo al espacio
De esta comarca silvestre
Una familia campestre,
De quien la choza es palacio.
El tronco, en arder rehacio,
Ahumó el empinado techo,
Siendo del recinto estrecho
El menaje tan sencillo,
Que hay solo un plato, el dornillo,
Y yerba seca por lecho.*

VII.

*Qual á otros de su calaña,
Hizo del hambre el rigor
Campesino y pescador
Al dueño de esta cabaña.*

*Ir por leña à la montaña
Es su recurso supremo;
De aquí el hallarse à un extremo
De su albergue, en la pared,
El hacha junto à la red
Y la azada junto al remo.*

VIII.

*¡Cuánta paz, cuánta alegría
Lleva el verano à la choza!
El labriego se remoja
Al cesar la carestía;
Mucho trabaja en el día;
Mas halla premio à su afán;
Pues ofreciéndole están
Los árboles dulces frutos.
En calma el mar, sus tributos,
Y la vega tierno pan.*

IX.

*Hasta en su albergue hay primores:
La enredadera salvaje,
Sobre un verde cortinaje,
Le tiende un manto de flores.
En mar, en valles y alcores
Es recibido con fiesta;
Y si acude à la floresta
En las horas de bochorno,
Las tórtolas del contorno,
Van arrullarle la siesta.*

X.

*¡Si para el pobre el estío
Pudiera, oh! Dios, ser eterno!
Mas ¡ay! que llega el invierno
Con el hambre y con el frío.
Ruge el viento, llueve, el río
Se desborda en la comarca,
Y ya no puede la barca
Surcar el piélago airado,
Ni la reja del arado
La vega, trocada en charca.*

XI.

*Ayuno, junto à la lumbre,
Pasa el triste la velada,
Mientras la lluvia pesada
Va calando la techumbre;
Y aunque tiene la costumbre
De estar con el mar en guerra,
Hay noches en que le aterra
Tanto su ronco bra mide*

*Que sueña que enfurecido
Corre à tragarse la tierra.*

XII.

*Una noche en que el sosiego
Turba la nube que truena,
Y en que hace fala la cena
En la choza del labriego,
Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
A quienes no deja ver
La humareda de la llama
Del tomillo y la retama,
Que se quejan al arder.*

XIII.

*Del sol y el aire curtida
La tez, un tiempo de nieve,
Y la mano, que fué breve.
Rugosa y encallecida,
Crespo el pelo, que hoy descuida
Y que tanto amó doncella,
La pobre mujer aquella,
A quien la desgracia apura,
En la edad de la hermosura
Ha dejado de ser bella.*

XIV.

*En cambio, poder bastante
No ha tenido la desgracia
A robar frescura y gracia
De sus hijos al semblante;
Ni hay miedo que les quebrante
La escasez con sus rigores,
Porque son mantenedores
De aquellos ángeles rubios
Los saludables estuorios
De la mar y de las flores.*

XV.

*A uno y otro rapazuelo,
Que lloran, dice la madre:
—«Gallad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo;»—
Mas no calmando su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto.
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.*

(Continuará).

José Velarde.

UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACION).

Regina ignorante de todo esto habia asomado dos ó tres veces su preciosa cabeza á la puerta del despacho, y con su voz dulce habia preguntado á su abuelo, si queria alguna cosa.

Era ya tarde, el pobre anciano ni aun habia comido el día anterior.

Un *nó*, perceptible apenas, habia sido siempre la repuesta que obtenia la pobre niña, que inquieta en un principio empezaba ya á desesperarse con aquel silencio y aquella abstraccion.

¿Qué tenia el anciano?

¿Qué motivaba aquel dolor?

Regina se preguntó angustiada, si ella seria la causa de aquel pesar, si Montellano habria sorprendido la persecucion de que era objeto por parte del joven Duque.

Esto no era posible.

La joven lo habia ocultado mucho de todos, y ni una frase de temor, ni una palabra de recelo se habia escapado de sus labios.

Separando esta idea de su pensamiento, aun quedaba la de si ella, por otro concepto cualquiera le habria ocasionado un disgusto.

La pobre niña repasó su memoria, y recordó todas sus acciones, por si con alguna de ellas le habria ofendido ú enojado.

Oh! nada alló!

Su amor á Carlos era tan puro, su alma tan candida que nada tenia que reprocharse.

II.

La Duquesa entre tanto, y una vez terminada su conferencia con Jourdan, hizo anunciar á D. Diego que necesitaba verle.

Estas sencillas palabras tan esperadas, causaron sin embargo al anciano una terrible impresion.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero quedó inmóvil en su sillón.

Sin fuerzas, paralizado por completo, parecia uno de esos autómatas á quien mueve un oculto resorte.

Regina que habia sido la encargada de transmitir aquel recado, aterrada por el aspecto de su abuelo, se sentó á la puerta del despacho, y sin atreverse á entrar ni á hacer nuevas preguntas, derramó silenciosas lágrimas, en las cuales estallaba el dolor de su corazón.

La duquesa esperaba impaciente á Montellano.

Aquella tardanza la esasperaba.

A cada instante acrecian sus dudas con respecto á aquel á quien habia creído un hombre de honor, y aguardaba con impaciencia febril la aclaracion de aquel problema, pues su misma sospecha la hacia daño.

Exacta en el cumplimiento de sus deberes para con los demas, no podia sufrir que se la faltase en nada, y era poco tolerante por que jamás habia tenido que demandar tolerancia á nadie.

Virtud árida y sin encantos, y que como un sol sin brillo no podia iluminar ni prestar un destello de luz.

Dios la habia rodeado de bienes, le habia concedido una posicion y una voluntad independientes, y nada comprendia de las penalidades y sinsabores de la vida.

No sabia ¡ay! que las circunstancias suelen ser superiores á nuestros propósitos, y que nuestros mejores deseos se suelen estrellar contra nuestra impotencia.

III.

En una disposicion de ánimo en que se mezclaba la cólera y la impaciencia, aguardaba pues á Don Diego, cuya tardanza era para ella un motivo de enojo.

Aquella mujer no concebía que nadie pudiera hacerla esperar.

Nerviosa, contrariada habia ya preguntado á varios criados de la quinta por D. Diego, pero ninguno le habia visto desde la tarde anterior.

No pudiendo dominar su disgusto, levantóse al fin, y dirigiéndose á Jourdan.

—Espera V. aquí, dijo, y salió de la habitacion, encaminándose resueltamente al departamento que ocupaba Montellano.

Sin anunciarse, sin detenerse á nada, entró en la primera habitacion de las que componian aquella estancia.

Pero entonces quedó inmóvil y muda, porque allí, sentada en el dintel de la puerta que daba entrada al despacho del anciano, encontró á Regina

pálida y llorosa, que ni osaba penetrar dentro, ni se atrevía á separarse de allí.

—Y su padre de V? preguntó á la niña con sequedad, confirmandose al verla, en sus anteriores creencias.

—Ay! señora, ahí está, respondió Regina temblando.

—Estrano mucho que se halle aun aquí, cuando yo le estaba esperando.

—No ha salido en toda la mañana, murmuró Regina, yo temo que se encuentre enfermo, porque...

La joven guardó silencio al notar el aspecto de su bienhechora, y al fin balbuceó con emocion.

—Desde ayer está otro: no ha comido, no ha dormido tampoco... Oh! señora, yo no puedo vivir así, esta incertidumbre me mata.

—Tenga V. la bondad de anunciarme; exclamó la Duquesa sin contestar á las palabras de la niña, tenga V. la bondad de decirle que estoy aquí; que yo misma he venido, que quiero verle.

IV.

Y mientras Regina cumplia temblando, su cometido, aquella muger murmuraba para si.

Sin duda por eso tardaba, para obligarme á venir; conoce mi caracter y me esperaba; por eso estaba esa niña aquí; preparaban una comedia ridícula, ¡Oh! se engañan se engañan, si piensan abusar así.

Y prevenida, segun ella, contra toda ficcion, penetró junto á Montellano, cuando Regina abriendo de par en par la puerta, le rogó que pasase adelante.

Si la Duquesa no hubiera estado predispuesta tan desfavorablemente en contra de aquel infeliz, sin duda se hubiera movido á piedad, al mirar el cuadro que se ofrecia ante su vista.

El anciano, de pié, apoyado en la mesa se sostenia con dificultad, y apenas podia dominar el temblor que le agitaba.

En su rostro pálido y demudado se notaba una gran contraccion, y un abatimiento profundo.

La niña á su lado estaba blanca como el mármol y desfigurada tambien.

Al entrar, habia oido decir á su abuelo, —Estoy perdido—y esta palabra la habia trastornado aunque sin alcanzar á revelarla toda la verdad.

La Duquesa les miró á los dos friamente, y dijo, con tono severo.

—No sabia V. que le habia mandado buscar?

—Oh! perdone V. Es señora, mas...

—Comprendo que vá V. á disculparse, pero es inútil, solo le ruego, no se detenga.

Mi apoderado general nos espera; ya le anuncié á V. su venida para hoy, vamos.

D. Diego nada contestó.

El infeliz no sabia donde se hallaba.

—Abreviemos tiempo, sígame V.

V.

El anciano cuya vista se oscurecia, vaciló algunos instantes y luego dijo con voz alterada.

—Antes quisiera decir á V. E. una cosa, y rogarla que me perdone.

—Ah! exclamó la noble dama con una sonrisa equivoca, ¿necesita V. que le perdone?

—Oh! si; yo hubiera querido... pero...

—Y ¿cuál es la falta de que se acusa.

—Es... es la de haberme atrevido á disponer de una corta cantidad que no era mia, contando créame V. E. con que podria devolverla á la caja, antes que...

La duquesa sintió que una llamarada de cólera encendia su semblante.

Se habia abusado de su bondad, y ahora se la queria engañar con una farsa estudiada.

Su enojo no tuvo límites.

No quiso pues escuchar mas.

No quiso dejar á Montellano que se disculpara, y se dispuso á salir de la estancia.

Regina que lo comprendió todo, cayó á sus pies, cruzó las manos en ademan suplicante pero no pudo decir una sola frase; la pobre niña se ahogaba.

La Duquesa la miró con desden, pensó sin duda que solo queria secundar los planes de su abuelo.

—Yo creí murmuró deteniéndose y mirando fijamente á D. Diego: yo creí que cuando le tendi mi mano, cuando le saqué de la miseria protejia á un caballero; á un hombre incapáz de una accion censurable.

—Señora!

—Cuando le abrí esta casa, V. mismo me dijo mil veces que con el sueldo que le habia designado tenia bastante para vivir. ¿Cómo pues encontrará su conducta explicacion ahora?

—Oh! si V. E. me oyera...

—No; nada quiero saber yá: me basta comprender que me he engañado, y como mis beneficios han recaido sobre un ingrato, ninguna consideracion me detendrá para obrar segun mis derechos.

(CONTINUARÁ.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Variedades.

EL MAR:

SU FLUJO Y SU REFLUJO.

Llámanse mares ese conjunto de aguas saladas que rodean los continentes, y que en muchos lugares penetran lo interior de las tierras, ya por largas aberturas, ya por estrechos más ó menos angostos. Tales el inmenso depósito de donde salen todas las aguas que circulan por nuestro globo, y á donde van á parar despues como á un centro comun.

Uno de los fenómenos más asombrosos que nos ofrece el mar, es el flujo y reflujo. Al pasar la luna por el meridiano ó algun tiempo despues, se nota todos los dias que las aguas del océano se elevan sobre nuestras costas, se retiran en seguida poco á poco, y cerca de seis horas despues de su mayor elevacion llegan á su mayor depresion: suben de nuevo cuando la luna pasa á la parte inferior del meridiano; de suerte que la plena y baja mar se verifican dos veces en veinte y cuatro horas, y se atrasan cada día cuarenta y ocho minutos más ó menos, conforme al paso de aquél astro por el meridiano. Estas revoluciones solo vuelven á la misma hora al cabo de treinta dias, que es precisamente el tiempo que media de una luna nueva á otra.

Las mareas se aumentan sensiblemente en los novilunios y plenilunios, ó día y medio despues; y este aumento es mucho más notable cuando la luna está más próxima á la tierra, por ser entonces mayor su atraccion.

El sol causa parte de la elevacion de las mareas; pues si son mayores en los novilunios y plenilunios es porque entonces ejercen su accion los dos astros reunidos, y concurren al mismo efecto; y al contrario en los cuartos de luna destruye el sol un tercio de su atraccion. Este movimiento es tambien mucho más perceptible en los equinoccios que en las demás estaciones, y al contrario las mareas son mucho menores en los solsticios.

Las circunstancias locales causan grandes diferencias en las mareas; en los mares libres, solo se extienden á tres pies, siendo así que en San Maló suben á cuarenta ó cincuenta; porque las aguas están allí encerradas por un canal demasiado estrecho, detenidas en un golfo, y aun rebatidas por las costas de Inglaterra.

Unas circunstancias semejantes hacen que la plena mar no suceda en el momento mismo en que la luna se halla en lo más alto del cielo ó más cerca de nuestra cabeza. El choque en las costas y en el fondo del mar, la tenacidad y adherencia de las partes del agua, son otros tantos obstáculos que la retardan. Las mareas son menos sensibles en los pequeños mares: en Tolon, puerto del Mediterraneo, no llegan sino á cerca de un pie, y suceden tres horas despues de haber pasado la luna por el meridiano; pero por poco fuerte que sea el viento, produce diferencias mayores que las mareas y las hace insensibles: por eso se dice en general, que no las hay en el Mediterraneo.

Supuestos estos fenómenos parece imposible no deber

concluir que el flujo y reflujo guardan cierta correspondencia con los movimientos de la luna; mas sin detenernos en profundizar la causa de las mareas, reflexionemos sobre los fines que se ha propuesto Dios en estas mutaciones tan notables. Admite disculpa nuestra ignorancia cuando no podemos explicar perfectamente las leyes de la naturaleza; pero seria una ingratitud inexcusable el no pensar en la influencia que estas leyes y estos grandes fenómenos tienen sobre el globo.

La primera utilidad que nos proporciona el flujo es el rechazar el agua en los rios y hacer bastante profunda la madre, para que puedan traer hasta los puertos de la grandes ciudades las mercancías, cuyo trasporte seria sin esto impracticable. Los navios esperan estas crecientes para llegar á la rada sin varar, ó para entrar en los rios sin peligro. Despues de este servicio tan importante se disminuyen las mareas, y dejando entrar el rio en el mar, facilitan á los que habitan en las playas el goce de las comodidades que sacan de su curso ordinario.

Otra utilidad que nos resulta de este movimiento perpetuo de las aguas, es el impedir que lleguen á corromperse ó infectarse por su demasiada quietud. Verdad es que los vientos contribuyen á esto; mas como reina no pocas veces una gran calma en las aguas, podría resultar de aquí alguna putrefaccion en el fondo del mar, que es el receptáculo á donde van á parar todas las inmundicias de la tierra: alteracion perjudicial á los habitantes del globo. El movimiento alternativo de las aguas impide estos depósitos dañosos; adelgaza y separa las materias corrompidas, y para conservar mejor el mar en su pureza, el flujo y reflujo mezcla y esparce á todas partes la sal de que está lleno, y con la que conserva su salubridad.

Las frecuentes agitaciones de este vasto conjunto de aguas que rodean la tierra, me recuerdan las que turban nuestra vida sin cesar. Ella no es otra cosa que un flujo y reflujo continuo que crece y mengua; todo está sujeto á perpetuas mudanzas: no hay alegría, esperanza ni felicidad que sea permanente. El hombre nada en un rio inconstante y rápido; y ¡ay de aquel que en lugar de dirigirse hácia el puerto se deja arrastrar al abismo! Sin embargo, bendigamos á Dios incesantemente, porque nuestros males é inquietudes solo son pasajeros; y porque los dolores excesivos y continuos son tan incompatibles con nuestra naturaleza, como una felicidad constante y perfecta. Aun estas mismas vicisitudes de la vida nos son ventajosas, pues una felicidad no interrumpida nos conduciría al olvido de Dios y nos haría orgullosos; y por otra parte una continuacion de desgracias é infortunios podría abatirnos demasiado y endurecer nuestro corazon. La atenta providencia del Ser supremo lo ha dispuesto todo con la mayor sabiduría: sometámonos, pues, á ella en los varios sucesos de la vida; y así en la prosperidad como en la adversidad tratemos solo de proceder de un modo digno de los altos fines á que estamos destinados.

S.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los Mandamientos.

(CONTINUACION).

— Si, puesto que procuraré volverla la salud, y si Dios quiere que lo consiga, no la faltará en adelante lo necesario para vivir.

— ¡Oh! bendito seas, papá; ¡y yo que temía que me riñeras!

— ¿Por qué?

— ¡Qué sé yo! Como nunca habíamos hablado de estas cosas, no conocía tu buen corazón: pero ahora lo comprendo y te amo más; sí, mucho más.

El anciano se quedó un instante pensativo, y por primera vez meditó que los padres deben vivir en íntima y perfecta unión con sus hijos siempre.

— Ahora, exclamó, es forzoso no descuidar un instante los medios de mejorar á esta criatura: se mandará llamar á nuestro médico, se abrigará este cuarto... ¡hace mal, he tiempo que estás enferma, hija mía!

— Seis meses, murmuró María.

— ¿Y ninguna medicina has hecho?

— No señor, respondió suspirando la abuela.

— ¡Qué descuido! exclamó Montalvan.

— No, no señor, se apresuró María á replicar, mi pobre abuela no ha podido hacer más por mí: tan anciana y tan pobre, ¿qué medios tenía para ello?

— Es cierto, pero ahora....

— Ahora ya será otra cosa, dijo Clara; tendrás lo necesario, y yo bajaré á verte todos los días; y si no.... mira, papá, ¿no sería mejor otra cosa?

— ¿Qué?

— Que María se subiese á mi gabinete, que es demasiado grande. ¡Las cosas no se hacen á medias. Yo la quiero mucho, seré muy feliz con verla junto á mí, y... así la ama María, como se llamaba mi madre. Esto me hará recordarla á todas horas y rezar mucho por ella.

Con tales razones no halló el cariñoso padre medio de resistir á las súplicas de Clara, y una hora después la enfermita se hallaba instalada en el mismo dormitorio de esta, en una excelente cama, y esperando la visita de uno de los mejores doctores de Madrid.

En cuanto á Flavia y á miss Sara, de nada se apercibieron, pues se hallaban en el teatro.

Clara estaba loca de alegría.

Todas las diversiones, todos los goces de la tierra no valían la milésima parte del puro gozo que disfrutaba.

El médico declaró que la enfermedad de María era muy fácil de curar, merced á un buen régimen, á varios específicos que recetó, y los baños de mar que creía necesarios.

— ¡Oh! qué felicidad, dijo Clara besándola cariñosamente, ya verás como dentro de pocos días corremos por la playa de Valencia ó Alicante y como nos divertimos cogiendo conchas y viendo pescar.

— ¡Ir yo á esos sitios! Pero esto es un sueño! exclamó María, que no podía comprender lo que le pasaba.

— No, hija mía, dijo la anciana con una súbita inspiración, esto es el premio de tu fé y tu amor, puesto que, y lo sabes, ya te lo ha repetido nuestro buen párroco, Dios ha dicho, «Yo amo á los que me aman.»

Al siguiente día miss Sara entró en el despacho del señor Montalvan muy indignada y ofendida.

— ¿Qué es esto, señor? dijo; he sabido que V. ha permitido que Clara tenga en su misma habitación á una despreciable mendiga, á una pordiosera cuyas maneras y cuyo trato no pueden por menos de perjudicar la buena educación de las señoritas.

— ¿Y por qué? preguntó con calma el anciano.

— ¿Por qué? porque el contacto con ciertas gentes es perjudicial á las buenas maneras, á las ideas elevadas. Oh! lo que es yo no encuentro nada que me repugna más que un mendigo, y desde ahora declaro que no entraré en el gabinete de mi educanda interin permanezca en el esa muchacha.

— Entonces puede V. buscar donde estar, dijo con seriedad el señor de Montalvan, porque esa niña significa mucho para mí; significa la primera obra buena que llevo á cabo, inspirado por mi hija: significa el hermoso corazón de mi Clara, á quien deseo complacer, tomando bajo mi amparo á María. Y el que repruebe una acción semejante, no será por cierto digno de tener confiada en sus manos el alma de mis dos ángeles, puesto que ahogaría en ella todos los instintos nobles y santos que aun les quedan.

Miss Sara dirigió una mirada furibunda al anciano, y salió de la estancia, rígida, erguida y sin pronunciar una palabra.

Pocas horas después abandonaba aquella casa donde había pasado tantos años, sin oír los ruegos de Flavia y de Clara que la profesaban un verdadero cariño, á pesar del carácter duro, orgulloso y frío de la inglesa.

Pasaron algunos días.

El señor de Montalvan cumplió religiosamente su palabra, y nada faltaba á la dulce María para conseguir su curación.

Como es bien fácil de suponer, su anciana abuela participaba de los beneficios que el rico señor la dispensaba, y al verse en aquella opulenta casa, rodeada de comodidades y bienestar, creía un sueño tan inesperada felicidad.

Libre de la miseria y de las privaciones que la rodeaban, su aspecto había cambiado mucho, y aun parecía haber recobrado toda la agilidad y toda la actividad de los pocos años.

Vestida con un traje digno aunque modesto, animada por la alegría y sentada junto á la cama de María, en nada se asemejaba á la pobremendiga que pedía limosna para sostener á la baldadita.

Al mes de estar en aquella morada bienhechora, María dejó el lecho y pudo dar algunos pasos apoyada en el brazo de Clara y de Rosa.

El contento de la pobre niña no podría traducirse con ninguna de las palabras que yo emplease para ello.

Su linda protectora la amaba cada vez más, pues cada día podía descubrir en su alma tesoros mayores de bondad y de ternura.

(Continuará.)

Enriqueta L. Ozano de Vilchez.

Imp de «La Madre de Familia.» Darro 15.